

Salvo el poder

Colección Narrativa

ERNESTO ESCOBAR ULLOA

Salvo el poder

PRÓLOGO DE SANTIAGO RONCAGLIOLO



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Montaje de Roger Castillejo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Ernesto Escobar Ulloa

© del prólogo: Santiago Roncagliolo, 2015

© Editorial Comba, 2015

c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis

08036 Barcelona

ISBN: 978-84-942522-9-7

Depósito Legal: B-24.932-2015

ÍNDICE

Prólogo: La guerra de los traidores	11
1986	17
Lejano abismo	25
Combi asesina	29
Juegos Olímpicos	39
El señor de los Milagros	51
Padres de la patria	61
Casas idénticas	67
Crónica de un magnate	75
La insignia de Mao	87
#BoLibia	95
Vesontio	103

A mis padres

PRÓLOGO

La guerra de los traidores

Los peruanos nacidos en los años setenta crecimos en el infierno. Las bombas, los secuestros, los apagones, formaban parte de nuestra vida diaria. Había una guerra. Hay quienes llaman a eso “terrorismo” y quienes lo llaman “revolución”. En cualquier caso, con 70.000 muertos, a partes casi iguales por bando, lo que pasó en esos años clasifica como “guerra”.

La guerra no es sólo soldados disparando. Ésa es la parte que sale en las películas, no la única. La guerra también es falta de dinero, porque nadie pone un negocio justo sobre un polvorín. Y ausencia de futuro. Gente que huye del país. Personas que se hacen pobres de repente, y por lo tanto, otras que se hacen ricas de repente. Políticos corruptos que no creen en el Estado, porque no tienen claro si el Estado sobrevivirá. Servicios que dejan de funcionar. Materia fecal cayendo por los grifos.

En gran parte, *Salvo el poder* de Ernesto Escobar Ulloa es una colección de estampas de esos años. Sus

paisajes recorren el Palacio de Gobierno y los mercados ambulantes, la violenta zona de emergencia en los Andes y los burdeles para burgueses de Miraflores. La lectura de historias como *Combi asesina* o *Padres de la patria* me lleva de vuelta a momentos que viví y que preferiría no recordar. La literatura pone frente a nuestros ojos las cosas que no queremos ver. Nuestros lados oscuros. Y *Salvo el poder* es un libro incómodo. Como un pinchazo en los párpados mientras tratamos de dormir.

También es un libro contemporáneo. En los años de la violencia, la narrativa latinoamericana era eminentemente política. Yo crecí leyendo historias de dictadores como *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez o *Conversación en la catedral* de Mario Vargas Llosa. Las novelas, como *La violencia del tiempo* de Miguel Gutiérrez, aspiraban a narrar la totalidad de un país, a retratar en sus últimos detalles la complejidad social. O a denunciar la situación de los oprimidos, como en la obra de José María Arguedas.

Pero en el mundo real nuestras vidas eran pequeñas y grises. Nosotros no vivíamos la épica revolucionaria o la gloria del poder. Nuestros grandes desafíos cotidianos consistían en darnos una ducha o pagar el alquiler, que ya eran objetivos bastante difíciles, dadas las circunstancias. *Salvo el poder* recupera los momentos vitales que las grandes gestas desechan. Sus historias se filtran entre las grietas de la Historia.

En ese sentido, Escobar Ulloa bebe de la tradición de autores como Julio Ramón Ribeyro, el cuentista de la clase media. Ribeyro ponía el ojo en las pequeñas

miserias del día a día. En vez de dictadores, funcionarios y mandos medios. En vez de frescos sociales, anécdotas de frustración y supervivencia. Escobar Ulloa hace lo mismo, pero su geografía se desplaza hacia el jirón Huancavelica o Tupac Amaru. Su clase media está al borde del abismo. Y cada día da un paso adelante. Come en pollerías baratas. Esquiva furgonetas de transporte público como leones en un safari. Compra estampitas en puestos de la calle. Roba en centros comerciales emergentes.

En el estilo de Escobar Ulloa predomina el realismo sucio, porque la realidad era sucia. Como a otro cuentista peruano de nuestra generación, Sergio Galarza, a Escobar Ulloa le gusta hundir las manos en el fango. Y luego limpiárselas en el rostro del lector.

Sin embargo, la descripción que acabo de hacer no alcanza a todos los relatos de este libro. Algunos de ellos exploran la dirección contraria: contra la horizontalidad de nuestro presente, la verticalidad del pasado. Contra el retrato de la superficie de nuestra existencia, una penetración en el tiempo, en busca de los hitos que nos llevaron a ser lo que somos.

El primero de ellos, *Lejano abismo*, contempla el momento de la Conquista del Perú con una mirada mítica. Se trata del instante fundacional del país, que se produjo por una traición entre hermanos. La metáfora alcanza a muchos personajes de este libro, que al dañar a otros, se hacen daño también a sí mismos. Pero *Lejano abismo* se aparta de las técnicas narrativas modernas y del argot callejero para recurrir a las herramientas de

estilo de una fábula oriental. Así, enmarca el origen de un país marcado por la violencia y el engaño en la lucha global contra la voracidad de Occidente.

La insignia de Mao es otro de los cuentos que podríamos llamar históricos. En él, el autor ficciona un encuentro entre Mao y Abimael Guzmán, el líder de Sendero Luminoso, durante la temporada que éste pasó en la escuela de guerrilla de Nan Kin, en plena Revolución Cultural. Una vez más en el libro aparece el tema de la traición: los comunistas deshaciéndose de los que no consideraban suficientemente comunistas. Es el modelo chino que Guzmán trataría de imponer en el Perú de los años ochenta. El inicio de la guerra que nos tocaría vivir.

Después de retratar nuestro país, Escobar Ulloa se propone explicarlo. Los relatos de perfil histórico se acumulan en la parte final del libro. Al regresar de China, Guzmán se dedicó a construir y desarrollar una guerrilla maoísta, ya que el proyecto cubano había fracasado en Los Andes con la caída del Che Guevara en una emboscada. El penúltimo cuento del libro, *#Bo-Libia*, imagina una ucronía: el Che Guevara no murió en las montañas bolivianas, sino que sobrevivió para convertirse en el dictador de un Estado autárquico y totalitario. La anécdota es irónica, pero regresa al tema vertebrador del libro dándole un giro inesperado: los héroes traicionan a sus mitos y viceversa, una idea fundamental para entender el origen y caída de Sendero Luminoso y la leyenda de su líder.

Cierra el libro un cuento aparentemente desligado de los demás, *Vesontio*, un relato de espíritu borgiano que narra el encuentro entre un joven galo y un soldado nazi, un espía y un traidor. Por su escenario, o por su estilo fantástico, parece desvinculado de los otros relatos. Y sin embargo, es una suerte de colofón perfecto, porque *Salvo el poder* nos recuerda que todas las guerras son la misma, que el enfrentamiento que vivimos empezó con la conquista española, libró escaramuzas en Cuba y ocupó países en Europa. Igual que cada bomba en nuestros oídos era sólo una anécdota de nuestra violencia, cada guerra es sólo una pequeña batalla de la Historia, al final de la cual todos los traidores tienen el mismo nombre.

SANTIAGO RONCAGLIOLO

1986

«Pero las aventuras verdaderas, pensé,
no le ocurren jamás a los que se quedan en casa:
hay que salir a buscarlas en tierras lejanas.»

Un encuentro, James Joyce

Era 1986, yo tenía 15 años.

El paso del tiempo, los recuerdos, la edad, me permiten tener una visión más compleja de lo que ocurría entonces; me temo que esa visión en ocasiones puede oscurecer y en otras aclarar lo que pasó aquel día.

Lo digo al empezar porque lo que pasó no mereció ningún análisis ni ese ni los días siguientes, tampoco dejó secuela alguna las semanas, meses y años posteriores, que no dediqué —como habrían hecho otros— a repasar lo ocurrido, sino más bien a rescatarlo, cada cuanto, del olvido. Quizá porque en el fondo sabía que, por alguna razón, tarde o temprano, acabaría viéndolo como lo veo hoy.

Ya por esas fechas nos habíamos acostumbrado a que los apagones eclipsaran la ciudad interrumpiendo

nuestros programas favoritos en la televisión. De pronto un bajón de potencia, un parpadeo agónico, unos coletazos finales y la luz nos abandonaba en la penumbra. Tras un primer silencio que revelaba la magnitud del ruido y la claridad previos, la noche penetraba en las casas como un íncubo, haciendo emerger un rumor que vibraba en el pecho, que disparaba un ansia de aventura. Subíamos a zancadas las escaleras de caracol y, una vez arriba, los bárbaros —como los llamaban papá y mamá— reportaban desde sus azoteas lo que nosotros no alcanzábamos a ver: «¡Salamanca tiene luz!», gritaban. «¡Monterrico está apagado!», gritábamos nosotros. Daba la sensación de que nuestras voces llegaban más allá de las urbanizaciones, a oídos que no debían escuchar.

Así transcurrían horas que empezaban lento y se aceleraban a medida que la oscuridad desataba nuestra elocuencia. Arrastrábamos los prismáticos de ir al hipódromo buscando edificios clave como el de Solgás, el Pentagonito, el Ministerio de Pesquería (hoy Museo de la Nación) esperando quizá que los hubieran derribado o se encontraran en llamas. Más tarde, en la soledad del insomnio, me asaltaba el recuerdo ancestral de la noche de los bosques y lo que debió de costarle al hombre antiguo enfrentarse a ella, conquistarla, suprimirla.

Tres años atrás había oído mencionar a Sendero Luminoso por primera vez. Ocho periodistas habían sido brutalmente asesinados en una comarca alejada llamada Uchuraccay, en un lugar alejado llamado Ayacucho, en los Andes del sur. Nunca llegué a ver las fotos que alarmaron al país, nunca llegué a ver nada

salvo el miedo en los demás. Ahora diría que algo de mítico había en las palabras Uchuraccay, Andes y Ayacucho, pero en esa época no conocía el término, eran palabras que sonaban míticas sin saberlo. Todo era muy confuso, Uchuraccay provocaba enfrentamientos. Unos decían que habían sido los sinchis. Otros, los terrucos. Otros, los mismos pobladores. Cuando quise averiguar tal vez me lo prohibieran, era muy chico para esas cosas. El escritor Mario Vargas Llosa presidió la comisión que investigó la masacre. Seis años más tarde sería candidato a la presidencia, pero sólo al cabo de siete yo leería el *Informe Uchuraccay* completo. Al año siguiente lo volvería a leer. Desde entonces lo releo cada vez que puedo, no sé muy bien por qué, ni para qué. El presidente tenía 37 años. Su imponente figura irradiaba una inquietante temeridad, recordaba a un caballo desbocado. Algunos decían que estaba loco. La virulencia de su discurso alternaba en las pantallas con las denuncias por corrupción, las huelgas de trabajadores y las masacres que, hasta ese momento, ocurrían lejos, allá en las montañas, donde vivían los serranos, los cholos, la gente pobre.

Otras palabras cobraron significado por sí solas, bastaba oír “pornografía” o “masturbación” para saber que no debías preguntar. La primera vez que escuché hablar de los terrucos en casa fue la noche que papá inauguró el tercer piso. «Pronto llegarán a Lima», le dijo a mi tío. No podría asegurar que fuera a él, o que al acercarme cambiaran de tema, pero así ha quedado en mi memoria. “Sendero” y “terrucos” se asociaron

para connotar acecho, nocturnidad. Años más tarde supe por un facsímil fotocopiado que aquella fue la estrategia detrás de los apagones: suscitar la sospecha de que estaban entre nosotros, que actuaban por sorpresa, que nos vigilaban.

Los apagones regresan cuando, rumbo a la Costa Brava, observo distraído las torres de alta tensión por la ventana. Leo la palabra “emboscada” en *El País* a propósito de la guerra en Libia y veo el cadáver del Almirante de Marina Iturbide exhibido por los noticieros como un guiñapo agujereado. *El jardín de senderos que se bifurcan* me retrotrae al callejón de Conchucos, a la noche cordillerana en que una procesión de antorchas se asomó a las ventanas del bus en que viajábamos, durante unas negligentes vacaciones, las Fiestas Patrias de 1992.

Era finales de 1986, sin ser consciente el año estaba dejando una profunda huella en mí (o eso es algo bonito que me gusta decir): el cometa Halley trajo consigo una ola de profecías sobre el fin del mundo, lo que me llevó a comprar el librito de Nostradamus. Conocí a la primera mujer que me enseñó a hablar de cosas trascendentes con una mujer, aunque ambos éramos unos niños. (Se llamaba Patricia, le decíamos Paty.) La revista *Penthouse* destronó a *Playboy* en los recreos, convirtiendo los baños en el verdadero lugar de aprendizaje del colegio. (O eso sonó bien una noche de borrachera.) Jugué por primera vez juegos de guerra en una computadora cuando el Atari ya había pasado de moda y todavía nadie tenía computadoras en casa. Me aficioné a la historia con *La Guerra del Pacífico* de

Mariano Paz Soldán o quizá más bien a la fotografía. Metallica sacó el *Master of puppets*, que no cambió mi vida para nada, aunque años después dijera lo contrario. Probé marihuana una noche de verano sentado frente al mar. Conocí al chico que la vendía, en el malecón, y nos hicimos amigos. Empecé a ganar dinero en los baños del colegio, ya en abril. Hice amigos que pronto perdería, que nunca más volvería a ver.

Si mal no recuerdo era noviembre de 1986 y ese día no fui al colegio. Era un buen plan aunque no conservo los detalles, salvo que empezaba encontrándome en la esquina de Javier Prado con Amadeo y Octavio, dos de esos amigos de los que nada sé hasta hoy. La primera vez que mamá me llevó al colegio aquello no era la Javier Prado sino una pista de tierra. Unas cuadras antes, en el lugar donde luego se construyó Plaza Camacho, se levantaba una antigua casona separada de la calle por un extenso terral y una cerca de quincha. En mi vida he vuelto a ver nada tan próximo al cine clásico de terror. Años después vería *Psicosis* pero la casa ya había sido derruida y no pude compararla con la de la película. Frente al punto de encuentro se hallaba el segundo Kentucky Fried Chicken que se construyó en Lima. El primero fue el de San Isidro. La ciudad no paraba de crecer. Ya ni siquiera era la avenida Javier Prado, era la prolongación Javier Prado, y seguiría alargándose los años venideros. La palabra “cambio”, sin embargo, no tenía el significado que hoy tiene para mí, cargado de implicaciones políticas. Antes las cosas cambiaban sólo porque el tiempo las modificaba. En cualquier

caso, algo que no ha cambiado es que todos creen que Javier Prado fue un presidente.

Llevaba media hora en esa esquina preguntándome si Amadeo y Octavio no habrían desertando del plan y entrado al colegio. Cabía la posibilidad de que se estuvieran tirando la pera cada uno por su cuenta, en sus propias casas, fingiéndose enfermos. El primer teléfono celular llegaría a mis manos nueve años después; de haberlo tenido en ese momento lo habría utilizado para preguntar ¿qué chucha les pasa?, ¿dónde están? O la noche de la víspera alguien habría mandado un mensaje para poner una excusa: «Me olvidé que tenía que presentar un trabajo, sorry.» (La gente se mariconeaba.) Pero de haber existido celulares no se nos habría ocurrido ningún plan y no estaría escribiendo nada de esto ahora, o lo habría hecho a través de otra experiencia y puede que mi visión de las cosas habría sido otra, totalmente distinta, pero no creo.

A las 8:30 de un día que podía ser viernes, de un viernes de noviembre de 1986, lo decidí: me tiraba la pera solo. Me convenía desaparecer cuanto antes por las inmediaciones del golf. Algún matorral encontraría donde poder quitarme el uniforme. Debajo llevaba unos jeans y una camiseta para pasar desapercibido si aparecía la policía. Decían que una chamba de los tombos era llevar a su colegio a los escolares que vagaran por las calles pasadas las nueve de la mañana. Todos usábamos uniforme en esa época, te detectaban fácil. Calles amplias y serpenteantes, pero sobre todo mudas, acentuaban mis pasos, mi respiración, mi soledad. En una de éstas no